

CAPÍTULO TRICÉSIMO TERCERO

entender que aun las primeras lo tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas o por decir qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

No dijo más Anselmo, pero bastó lo que había dicho para dejar corrido y confuso a Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró a Anselmo que desde aquel momento tomaba tan a su cargo el contentalle y no mentille cual lo vería si con curiosidad lo espiaba, cuanto más que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaría de toda sospecha. Creyóse Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho días, yéndose a ea de un amigo suyo, que estaba en una aldea, no lejos de ea ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase a llamar con muchas veras, para tener ocasión con camilea de su partida.

¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo!

(2)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y seguramente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.

CAPITULO TRIGÉSIMO TERCERO

Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuese otro día anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella, que tuviese cuidado con tratalle como a su misma persona. Aflijose Camila, como mujer discreta y horada, de la orden que su marido le dejaba y díjole que adviertese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez y vería por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquél era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haría, aunque contra su voluntad.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Partiose Anselmo, y otro día vino ha su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento, la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella osulla llamada Leonela, a quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba ha comer con mucha prisa, porque así se lo tenía mandado Camila, y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila y que de su lado jamás se quitase, mas ella, que en otras cosas de su junto tenía puesto el pensamiento

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

y había menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplía todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubiera mandado. Mas la honesta presencia de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía bastante a enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne.

Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos que a Anselmo tenía y mil veces quiso ausentarse de la ciudad y irse donde jamás Anselmo le viese a él ni él viese a Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallada en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le

(6)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

llevaba a mirar a Camila; culpábale a Dios de su desatino; llamábase mal amigo, y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos pararon en decir que más había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de la que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

En efecto, la hermesura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesta en las manos dieron con la healtad de Letoria en tierra; y sin mirar a otra cosa que aquella a que ella su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continuo latido por resistir a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposenta sin responderle palabra alguna. Mas no por está de demayó en Letoria la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en Letoria más a Camila.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

La cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía qué hacerse, y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un billete a Anselmo, donde le escribió estas razones:

8

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO



Net

Capítulo XXXIV

Donde se prosigue la novela de «Cuniva
impertinente»

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando gustisimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presta no veris, me hablaré de ir a entretener en casa de mis padres, aunque deje sin quedar la vuestra, porque la que me de- gustes, si es que quedo con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que a vos os toca; y pues sois discreta, no tenga más que deciras, ni aún es bien que mis os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió

(10)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

por ella que Lotario había ya comentado la empresa y que Comila debió de haber respondido como él pensaba; y, alegre sobremanera de tales nuevas, respondió a Comila, de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Comila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevía a estar en su casa, ni menos irse de la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida, iba contra mandamiento de su esposo.

En fin se resolvió en lo que estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir a sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió a su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura que le hubiera movido a no guardarse el decoro que había. Pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario decirle quisiere, sin dar más cuenta a

CAPITULO TRIGÉSIMO CUARTO

todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que accitados ni provechosos, estuvo otro día escuchando a Lotario, el cual cargó la mano de manera que conllevó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo tanto que hacer en acudir a las ojos, para que se diesen muestra de alguna amorosa compasión que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habían despertado. Todo esto estaba Lotario, y todo le excusaban.

Finalmente, a él le pareció que era necesario, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza, y, así, acometió a su presunción con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosas que más presto rinda y allane las escabilladas torres de la vanidad de la adulación, con tales perfrechas, que aunque Camila fuera toda de bronce viviera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, perfrió y fingió Lotario con tantas sedimientos, con muestras de tantas veras, que dio al través con el acato de Camila y vino a triunfar de lo que nunca se pensaba y más deseaba.

Rindióse Camila, Camila se rindió... Pero qué mucho, si la

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO
 amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro
 que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa
 con huella y que nadie se ha de poner a brazos
 con tan poderoso enemigo, porque no se la pudieron
 encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso
 Lotario decir a Camilla la pretensión de Anselmo, ni que
 él le había dado lugar para llegar a aquel punto,
 porque no tuviese en menos su amor y porque que así,
 acaso y sin pensar, y no de propósito, la había solicitado.
 Volvió de allí a pocos días Anselmo a su casa y no echó
 de ver lo que faltaba en ella, que era lo que menos
 tenía y más estimaba. Fuese luego a ver Lotario y
 hállele en su casa; abrazándose los dos, y él uno preguntó
 por las nuevas de su vida o de su muerte.

-Las nuevas que te podré dar, iho amigo Anselmo! -dijo Lotario-
 son de que tienes una mujer que dignamente puede ser
 ejemplo y corona de todas las miserias buenas. Las palabras
 que te he dicho se las han llevado el aire; los
 ofrecimientos se han tenido en poco, la dádivas no
 se han admitido; de algunas lágrimas mas fingidas
 mías se ha hecho burla notable. En resolución, así como
 Camilla es cifra de toda belleza, es archivo donde
 asiste la honestidad y vive el comedimiento y
 el recato y todas las virtudes. Vuelve a tomar tus

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila no se rinde a cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Contentate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues a pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar de este mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto y aférrate con las áncoras de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan a pedir la deuda que no hay hidalguría humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario y así se las creyó como si fuesen dichas por algún oráculo, pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces, y que solo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo de el nombre de Clori, por que él le daría a entender a Camila que andaba enamorado de una dama a quien le había

(14)
CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

questo aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que a su honestidad se le debía; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haría.

— No será memoria eso — dijo Lotario —, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos zafos del año no me visiten.

Dile tú a Camila lo que has dicho del pingüimiento de mis amigos que los versos yo los haré: si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiera.

Quedaron de este acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y, vuelto Anselmo a su casa, preguntó a Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese la ocasión por que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le

Habría parecido que Lotario enojó. Camila le respondió
habría parecido que Lotario la miraba un poco más
desengañada que cuando él estaba en Caya, pero ya
estaba desengañada y creía que había sido imaginación
suya, porque ya Lotario huía de ella y de estar con
ella a solas. Díjole Anselmo que bien podía estar segura
de aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba
enamorado de una doncella principal de la ciudad, a quien
él celebraba debajo del nombre de Cloní, y que, aunque no
lo estuviera, no había que temer de la aversión de Lotario
y de la mucha amistad de entrambos. Ya no estar averiguada
Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores
de Cloní, y que él se lo había dicho porque a Anselmo
para poderse ocupar de algunos papeles en las mismas
aflicciones de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada
red de los celos; mas, por estar ya adormida, pasó aquel
solerazo sin pesadumbre.

Otro día, estando los tres sobre la mesa, rogó
Anselmo a Lotario dije alguna cosa de los que habría
compuesto a su amada Cloní, que, pues Camila no la
conocía, seguramente podía decir lo que quisiera.
—Aunque la conociera — respondió Lotario — no encumbri-
ra y a nada.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

Porque cuando algún amante lo a su dama de hermosa
y la nota de cruel, ningún oprobio hace a su bien crédito; pero
sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto a
la ingratitud de esta Clori, que dice así:

SONETO

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricas males
estoy al cielo y a mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
por las rasgadas puertas orientales,
con sus puros y ocultos desisucles
vos a la antigua querrela renovando.
Y cuando el sol, de su estrellado asiento
derechas rayas a la tierra envía,
el llanto crece y dobla los semidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento
y siempre he lloras en mi mortal porfira
al cielo sordo, a Clori sin oídas.

Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Aselmo,
que le alabó y dijo que era demasadamente cruel la